

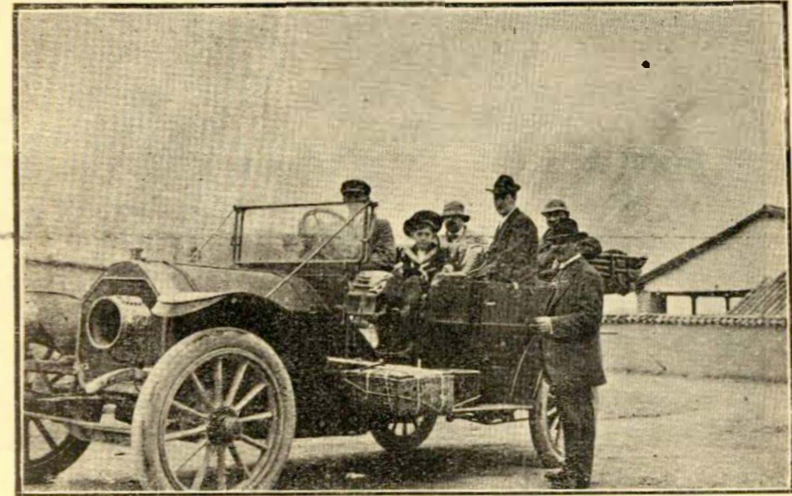
## UNA PARTIDA DE CAZA <sup>(1)</sup>

Los cazadores europeos tienen por patrono a San Huberto el renombrado Obispo de Lieja, de donde se colige que desde tiempo inmemorial esta ciudad ha tenido que ser famosa por "sus armas" y que el telegrama de marras del doctor Núñez sobre las "armas de Lieja" nada nuevo inventó, sino que repitió cosa sabida; pero en España, nación que en punto a santorales no tiene necesidad de acudir a los ajenos, los cazadores rinden culto a San Eustaquio; de suerte que entre estos dos santos arrebataron el cetro de la caza a la Diana del Olimpo griego, lo cual hubiera podido tacharse de poco galante, tratándose de una dama, si los dos santos no tuvieran para alegar en descargo suyo que destronaron a una deidad pagana, iracunda y cruel, que llegó a transformar a sus mismos adoradores en míseros ciervos, para hacerlos despedazar luégo por la propia jauría que aquéllos empleaban en homenaje a la diosa. Y si no, que lo diga el pobre Acteón.

También hay que abonarles a dichos santos el haber establecido, en favor de los detestados cazadores, que las aficiones cinegéticas no andan reñidas con la práctica de las virtudes cristianas, y que si antaño logró Nemrod hallar gracia delante del Señor con su arco y con su aljaba, nada tiene de extraño que puedan hallarla ogaño los modernos cazadores, con sus escopetas "Hammerless" y su pólvora sin humo.

No sabemos qué patrono gasten los cazadores bogotanos, por lo cual es de temerse que "se les haya ido el santo al cielo"; pero es lo cierto que, con patrono o sin él, el número de aficionados a tirar del gatillo que, sin encomen-

(1) El doctor Abadía Méndez, catedrático de Derecho Constitucional en la Facultad de Jurisprudencia de este Colegio Mayor y ex-presidente de la República, es sin ninguna duda el cazador más famoso de Colombia. La relación que hoy publica la revista es un capítulo del libro que actualmente prepara, donde recogerá sus recuerdos y memorias. Se refiere a una cacería efectuada en el año de 1905. El autor, escribe con el delicioso "humour", propio de quien como él posee una de las más completas formaciones anglosajonas y el mejor repertorio anecdótico que pueda imaginarse. En entregas posteriores, la Revista, publicará otros capítulos, cuya exclusividad le ha sido cedida por el autor de manera que se agradece. N. de la R.



Los medios de transporte

darse a Dios ni al Diablo, salen de la capital de la moderna Colombia la víspera de los domingos y días de fiesta para desparramarse por los campos vecinos, es tan grande, que podría contrabalancear el número de los estultos, a pesar de ser éste infinito, según rezan las Sagradas Escrituras.

Y para persuadirse de que no hay exageración basta haber estado uno de esos días en cualquiera de las estaciones de los ferrocarriles bogotanos momentos antes de partir el tren y contemplar el arribo de las bandadas de escopeteros que llegan a tomar los vagones por asalto, jadeantes, sudorosos y angustiados por el temor de que, frustrándoseles el viaje, dejen de satisfacer su tiránica afición. Y eso que quiero pasar por alto y suprimir de la cuenta a los que, esa misma tarde o al día siguiente muy temprano, salen con la escopeta al hombro y el perro a los talones, para encaminarse a lugares que se encuentran fuera del radio de servicio de los trenes.

Pero, volviendo a los que aprovechan esta última clase de vehículos, es de observar cómo se olvidan de que el que es primero en el tiempo es también el primero en el derecho, y menospreciando las prerrogativas de los viajeros ya instalados, y con grave riesgo para las espinillas de éstos, empiezan a acomodar en los rincones y debajo de los asientos, los enormes y pesados guarnieles repletos de



Otro sistema de transporte

cartuchos, las maletas y burujos que guardan las ropas de la cama y el mantalotaje; y aun a veces, se propasan a arriarles junto al cuerpo la escopeta desenfundada, la cual se recuesta complaciente, —tan arraigada así la pobrecilla tiene la costumbre del mampuesto—. Y gracias que a esto sólo se reduzcan las relaciones con tales fementidas armas, a las cuales profeso grande ojeriza, como que suelen guardar sorpresas nada gratas aun para sus mismos dueños, como lo probará un suceso que me viene a la memoria en este instante, y que aquí tengo de contar.

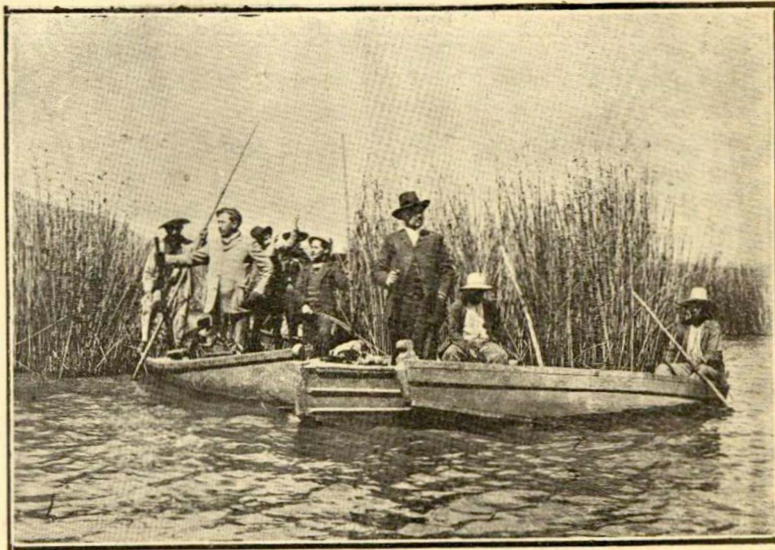
Salió en busca de aventuras un flamante cazador, provisto superabundantemente de armas y pertrechos, y entre aquéllas se contaba una estupenda escopeta de retrocarga y de un solo cañón, comprada cabalmente la víspera en uno de los almacenes de la ciudad. Fué ya de los suburbios y después de colocar en la recámara un cartucho cargado con todas las reglas y medidas, ofreciósele como primera víctima un candoroso "chirlobirlo" (alias "sturnella magna"), que, ajeno al peligro que corría, desgranaba sus lastimeras notas, batía las alas y sacudía la cola en frente de su gratuito y feroz enemigo. Apúntale éste con todo espacio y precisión, y cuáles no serían su asombro y consternación al contemplar que, con el disparo, el cañón de la escopeta, construido con un alambre de hierro mal soldado, se desenroscaba a manera de disforme boa en dirección del pájaro, el cual, si bien salió indemne de los



La llegada de los cazadores

perdigones, estuvo a punto de quedar ensartado en el extremo del alambre, literalmente "broché" y listo para ser asado. Por fortuna para ella, el ave de amarillo buche anduvo lista y logró esquivar el bulto a tiempo. Y para remate cumplido de la aventura, nuestro protagonista, al volver a la ciudad, tuvo la mortificación de verse arrestado por un guarda del telégrafo que le inculpó de andar arrastrando los alambres cuya vigilancia le estaba encomendada, pues por tal tomó el que iba arrastrando, prendido a la culata de la ex-escopeta. ¡Oh, manes de Marconi!, debió exclamar el pobre cazador, a pesar de que Marconi no se había muerto, aunque, según anunciaban los telegramas de Europa, sí se hallaba gravemente enfermo y en vísperas de tener manes.

No obstante mi poca o ninguna inclinación al ejercicio de la caza, como fácilmente lo habrá colegido el lector que me haya acompañado hasta aquí, mi curiosidad oficial de fisgón empedernido vivía enconada y deseosa de echar siquiera un vistazo al interior de ese mundo del deporte cinegético, verdadera arca cerrada para quien no lo practica; pero mis deseos versaban no sobre la cacería de los "fete-



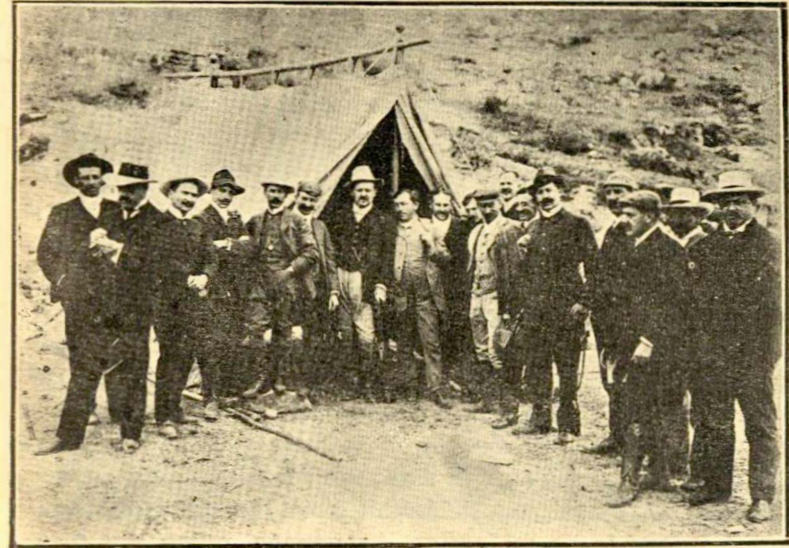
Esperando la aparición de los patos

cuas" (1), que es la que hasta aquí he venido esbozando, sino la cacería de alta escuela, que me diera materia para una revista; y nada más indicado que deslizarme en una

(1) Este es un apellido perteneciente a ciertos cazadores furtivos indígenas, nacidos y criados a orillas de la laguna de "La Herrera", que han llegado a constituir una verdadera dinastía en la que de padres a hijos se transmite el oficio de cazar los patos salvajes, pero a escondidas y en sitios vedados, tendiéndoles asechanzas previas, con alevosía, a traición y sobreseguro, sorprendiendo a la aves entre el agua, desprevenidas, indefensas y hasta dormidas, tirándoles con mampuestos, etc.; es decir, con todas las circunstancias que según el Código Penal le dan a una muerte violenta el carácter de asesinato, aun tratándose de bípedos implumes. Los "fetecuas" agravan su delito con la saña que gastan, después de perpetrado éste, con los cadáveres de sus víctimas, llevándolas a venderlas en la plaza de mercado, y además, con la crueldad con que persiguen y destruyen la prole de las mismas, sin que les valga para su defensa el estar encerrada todavía en la cáscara oval.

Por extensión se da el nombre de "fetecua" a todo cazador que, sin llevar el apellido de la familia, emplea, sin embargo, los mismos procedimientos cinegéticos que los miembros de ésta.

(Nota suministrada por un cazador normal, atropellado en sus derechos por un "fetecua").



En el campamento

partida del "Círculo de Cazadores de La Herrera", uno de los varios círculos de caza organizados de tiempo atrás en Bogotá y de cuya existencia y labores había recibido noticias fidedignas por un íntimo amigo mío que a dicho "Círculo" pertenece.

Forjé mi plan, tracé mis paralelas, eché mis intrigas, y como resultado final obtuve que llegara a mis manos una "espontánea" invitación que galantemente me enviaba el "Círculo" por conducto de su diligente Secretario-Tesorero, señor don Manuel María Madero. Un cuadrilátero de cartón bristol, impreso con tinta roja —como para anunciarme que la sangre que iba a derramarse habría de llegar al río... Bojacá— puso en mi noticia que el "Círculo de Cazadores de La Herrera" me invitaba a una partida de caza que se efectuaría en la laguna de "La Herrera" el día tantos de tantos, me señalaba el tren que debía tomar para asistir a ella y me ofrecía los vehículos que el Círculo ponía a mi disposición para que alcanzara la última etapa, o sea el lugar mismo de la cita.

Salí a toda prisa a proveerme de los avíos de caza, como Dios me dio a entender, que fue pidiéndoselos en préstamo a un amigo, jubilado ya y retirado del oficio a causa de los reumatismos contraídos en él; y el sábado siguiente,

un poco antes de las cuatro de la tarde, a fin de no pasar afanes, me arrellené cómodamente en el asiento de un vagón de primera clase, al lado del socio del "Círculo" que había alcanzado para mí la boleta de convite, mi caballero-amigo don Rafael Azcuénaga, a quien doy aquí público testimonio de agradecimiento, según la fórmula usada antiguamente por los pacientes para con sus médicos y cirujanos, en la sección de "Remitidos" de los periódicos.

A poco de hallarme sentado, atraja mi atención un grupo de alemanes, de lo más distinguido con que cuenta la colonia tedesca en Bogotá, que de pie sobre el andén rodeaba con señalada deferencia a un joven alto, rubio, de ojos azules y blanca tez, todo lo cual me denunció a tiro de ballesta —por no decir a tiro de "fetecua"— su procedencia anglosajona. A las claras se veía que el caballero así agasajado por sus amigos debía de ser persona de elevada categoría, la cual suposición fue bien luego corroborada por los informes de mi amigo Azcuénaga, quien me dijo que efectivamente era aquél el Encargado de Negocios del Imperio Alemán, mi convidado a la partida de caza, como me lo hacía ver el traje que vestía; cubría su cabeza el clásico sombrero tirolés, galoneado de verde paño, con ancha cinta y enroscada pluma del mismo color, igual a aquel con que S. M. el Emperador Guillermo II aparecía tocado siempre al lado de sus amigos el Emperador Francisco José de Austria, el Zar Nicolás de Rusia y demás testas coronadas de Europa, en las partidas de caza, cuando después de una espléndida batida, los enfocaba el ojo de un fotógrafo, para mostrarlos, rodeados de sus monteros, con el crecido número de víctimas hechas y de piezas recogidas. Mas lo restante del vestido de caza desaparecía en el distinguido diplomático bajo un amplio "bayetón" colombiano, de faz azulada y reverso encarnado, y que exhibía probablemente, a pesar de lo caluroso de la hora, como un homenaje tributado a esa comodísima pieza de nuestra indumentaria nacional, tan útil como socorrida para cazadores y viajeros de pampas y de páramos, y cuyo imperio se dilata desde los confines de Méjico hasta las comarcas patagónicas, con el nombre de "poncho" y otros provincialismos, y que ha tenido el honor de figurar en los vagones de la frígida Albión al lado de las mantas zamoranas y de los "plaids" escoceses, conducido allá por un santafereño, raizal, quien, con no poco asombro de los súbditos de S. M.



Otro aspecto del campamento

la reina Victoria que viajaban con él en el mismo vagón, sacó de su maleta de viaje un amplísimo y vistoso bayetón y abrigó cómodamente su persona por delante y por detrás, desde el cuello hasta más abajo de las rodillas. Y lo mejor de este cuento, verídico de punta a cabo, fue que no faltó un inglés que, después de atento examen y persuadido como hombre práctico de las ventajas de aquel abrigo americano, echara mano al cortaplumas y abriera a su rico "plaid" escocés un boquete central para hacerle "pendant" al colombiano bayetón, enderezando a nuestro conterráneo una benévola sonrisa en pago de la patente de invención.

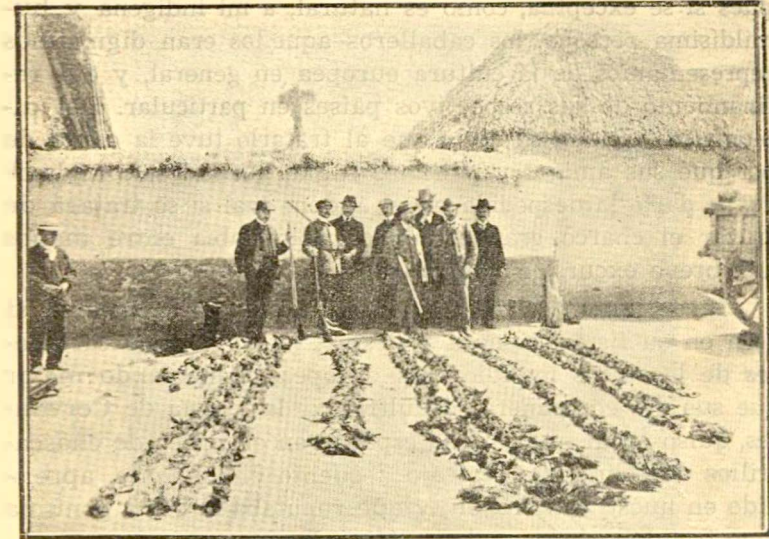
Pero, interrumpiendo súbitamente todas las observaciones y fisgoneos, arrancó la locomotora después de los pitazos y campanadas de ordenanza, en medio de un ruido ensordecedor de ruedas, frenos, enganches y rieles, acrecentado con las vociferaciones que los viajeros de nuestro tren y los del ferrocarril del Sur —que partía en ese mismo instante por carrilera paralela a la que nosotros llevábamos—, se lanzaban unos a otros para denostarse, o dirigían, para animarlos y enardecerlos, a los respectivos maquinistas y fogoneros, que, empeñados en un certamen de velocidad y porfiando por ganarse la delantera, habían puesto

sus máquinas a todo vapor, imprimiendo a los trenes trepidaciones que semejaban sacudidas de monstruo rabioso. Obtuvo la ventaja el tren de la Sabana, y el del Sur, como despechado por su derrota, y no queriendo sostener la competencia por más tiempo, torció bruscamente hacia la izquierda y echó a huir bufando por entre las dehesas de "Chamicera", dejando apenas una estela de sucio humo, que me hizo compararla con la ideal estela que dejamos los hombres en medio de nuestras enconadas emulaciones y contiendas: humo, sucio humo, con que tiznamos las ajenas reputaciones y las conciencias propias. . . . Y una hora después nos apeábamos en la estación de Mosquera.

Allí, entre los cazadores del Círculo de "La Herrera", que se quedaban, y los del Club de "El Granero", y el de "San Ignacio", formados por distinguidos "sportmen", nacionales y extranjeros, que debían seguir el viaje hasta la vecina estación de Madrid, se cambiaron cordiales despedidas y encarecidas recomendaciones para ver de lograr el buen éxito de la partida combinada.

Y en seguida empezó a hacinarse en carros tirados por bueyes la impedimenta que habíamos llevado y que es de rigor en casos tales, tarea que realizamos en medio de los afanes consiguientes para acabar presto y ponernos luego en marcha, a fin de llegar adonde debíamos ir, antes de que se extinguiera la luz del día. Para recorrer el último trayecto de nuestro viaje, diéronme a elegir entre vehículo de ruedas y un famoso bridón que galantemente ponía a mis órdenes el socio del Círculo de "La Herrera", doctor Nemesio Camacho. Opté por lo segundo, lo que hizo que me tocara viajar en compañía del citado caballero y de los socios Manuel María Madero y Vicente Azcuénaga, que desde ese instante empezaron a abrumar con sus atenciones, en nombre del Club, al grupo de invitados, compuesto del Ministro de Alemania, atrás mencionado, del Ministro de Italia, del Barón del Leyssac, representante de los cazadores franceses en aquel acto, y de un humilde servidor de ustedes.

A legua y media de distancia y al occidente de Mosquera, ofreciáonos modesto pero cariñoso albergue el rústico "pied a terre" que tiene allí el Círculo, y que consiste en una casita de paja, edificada a la orilla misma de la poética laguna que al día siguiente había de servir de teatro a nuestras hazañas cinegéticas.



Ocho escopztas: 573 patos

A pocos momentos arribó el grupo de socios que en Mosquera habíamos dejado, formado de los señores Tomás Rodríguez Pérez, Rafael Azcuénaga y Enrique Chaves Lersundi; y tras los citados, y como ovejas retardadas que ingresan presurosas al aprisco, arribaron Ulpiano Valenzuela y José Antonio Umaña Díaz, quienes, cruzando la Sabana y desde remotos lugares, acudían al llamamiento de sus consocios y al agasajo de los huéspedes e invitados; y no acabó allí la romería, sino que al día siguiente, cuando rayaba el alba apenas, vinieron a sorprendernos en hora tan matinal y después de recorrer no escaso número de leguas, el Presidente del Club, José Manuel Rojas, y el socio Enrique Escobar.

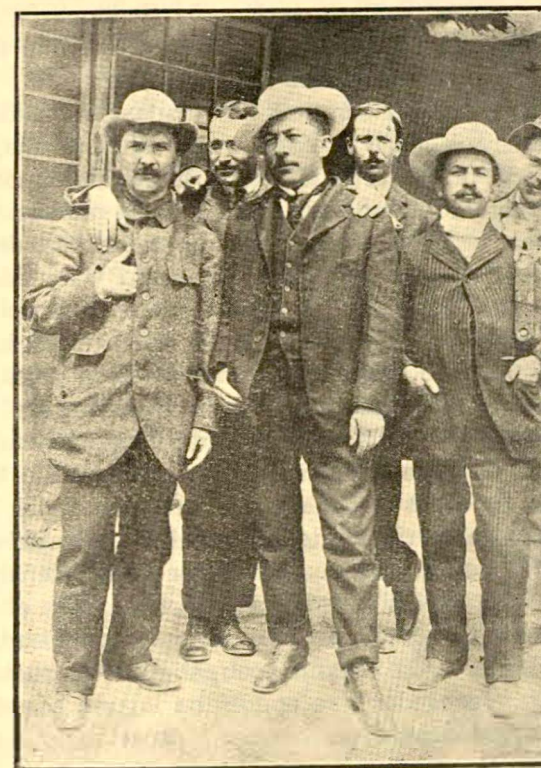
De tan selecto y lucido personal no podíamos aguardar los invitados sino un exceso de atenciones prodigadas a porfía, empezando por la delicada merienda que vino en seguida, y en la que el derroche de gracejo chispeante y ligero estuvo a la altura de la fama bogotana, llevándose la palma en el torneo según veredicto unánime e imparcial, el Secretario del Círculo, que como único dignatario presente estaba doblemente obligado a ello, y que se propuso demostrar que no es tan pobre, como dicen, la lengua castellana en materia de retruécanos, vulgo "calembours".

Bien es cierto que el grupo de invitados así lo merecía, pues si se exceptúa, como es natural, a mi indígena y humildísima persona, los caballeros aquellos eran dignísimos representantes de la cultura europea en general, y del refinamiento de sus respectivos países en particular. Del diplomático alemán sé decir que al tratarlo tuve la clave de por qué sus amigos y paisanos salían cariñosos, complacidos a darle la despedida en el andén, cual si se tratara de cruzar el charco grande, cuando sólo había entre manos una breve excursión cinegética.

No le iba en zaga su colega el diplomático italiano, si bien en su físico, manera y "esprit", revelaba los caracteres de las razas meridionales europeas. Señoreando mejor que sus dos compañeros de ultramar la lengua de Cervantes, quiso echar su cuarto a espadas en el torneo de chascarrillos de sobremesa, y trajo a cuento el siguiente, aprendido en nuestra metrópoli, y que reputaba él como genuina muestra del género epigramático bogotano:

Había en la vetusta Santa Fe un nigromante que, entre otras cosas curiosas que forjaba, forjaba calendarios; mas no en el sentido figurado de la frase, sino en el real y verdadero, que para lo primero era persona muy ladina y avisada, práctica en el manejo de la aguja de marear, la cual le mostraba siempre el polo norte del condumio, alcanzado luego por él, aun cuando fuera serpenteando. Entre las maravillas de su almanaque se contaba la predicción de todos los fenómenos atmosféricos que debían ocurrir dentro del año, con sus correspondientes chubascos y pedriscos. La cándida consorte del perillán, única creyente a pie juntillas en las trapacerías de éste, cuando sentada junto al escritorio del pontífice para hacerle compañía durante la velada, leyendo o tejiendo calceta, le veía enristrar la pluma y empezar a marcar los aguaceros y lloviznas, se le acercaba entre orgullosa y asustada, y con mimo zalamero le decía: "Mirá, chinito, mi negrito querido: no vayas a poner aguaceros los viernes, porque nos embromas; la plaza se pone que es decir, hecha una porquería, y cualquier patojo pide un sentido por traer el mercao a casa"....

Del barón de Leyssac admirámos su cultura y su esmerada educación, expresadas con ademanes y maneras más que con palabras, debido al escaso caudal de vocablos castellanos de que sabía servirse, y en los cuales se mostró muy parco en esa noche; tan parco como pródigo fue al día



El autor y los señores Camacho, Madero y Holguín.

siguiente en tiros y disparos, pues con su flamante escopeta de repetición "Brownning", la primera que dejaba oír su voz en estas mesetas andinas, saludaba cada bandada de patos con una salva de ocho o más tiros, sin hacer, por desgracia blanco ninguno. Nos asombró también su robusta constitución física y su entusiasmo por los deportes agitados y ruidosos, y que en los años que cuenta, los cuales debían ser algunos si no mentían su plateada cabeza y su nivea y abundosa barba de patriarca bíblico, le permitían competir ventajosamente con los jóvenes en las fatigas de la equitación y de la caza.

Ya para levantarnos de la mesa y en medio de los últimos taponazos, que parecían preludeo o simulacro de los disparos del siguiente día, alzamos nuestras copas a la salud de los socios ausentes, recordados por sus compañeros con

carino fraternal; y Alfredo Rubiano y John M. Vaughan, allende los mares, y Enrique Umaña Santamaría, Ernesto Wills y Jorge Pardo Umaña, aquí en Colombia, debieron de sentir un suave cosquilleo en los oídos.

Poco después, las sombras y el silencio invadieron el modesto albergue hasta la llegada del siguiente día, el cual se nos brindó tan espléndido como hubiéramos podido desearlo y esperarlo. Desde las cuatro de la mañana empezó a hormiguar y hervir aquel mar de cazadores, dando órdenes y voces de mando a sus barqueros y ayudantes, en medio de una agitación y apresuramiento propios para marear a quien no estuviera habituado a tales bretes; y tras un sustancioso desayuno, tomado a toda prisa, y apenas alumbrados por las tenues franjas luminosas que del lado de los cerros de Monserrate y Guadalupe empezaban a mostrarse, nos encaminamos a la cercana orilla de la laguna. Allí, bajo las órdenes del Presidente del Círculo, quien de pie en la ribera de un canal que comunica la laguna con el depósito de embarcaciones, iba señalando el turno de salida de los cazadores de acuerdo con el número de la ficha sacada en el sorteo de puestos, verificado la noche precedente, cada cazador ocupaba su barqueta, y seguido de su "recogedor", se engolfaba laguna adentro presentando aquel desfile un hermoso espectáculo cuya descripción bien merecería hacerse; pero la paciencia del lector, de la cual estoy abusando hace buen rato, no lo consiente.

A más de eso, me encontraba muy nervioso con la novedad del espectáculo, con los disparos sueltos que hacía rato sonaban en las lagunas adyacentes a "La Herrera", y me faltaba tiempo para acomodarme en el asiento del bote, armar la escopeta, abrir y cerrarla para cerciorarme de que funcionaba bien, probar los cartuchos, cuidar de que éstos quedaran situados cómodamente y a mi alcance; tal parecía yo un novel cirujano palpando con delectación morosa los bisturís, sierras, pinzas y cuchillos con que me preparara a destrozarse la humanidad doliente.

Bien pronto asomaron las primeras bandadas de patos silvestres y cercetas, que cual espesa cortina cerraban el horizonte, y que dispersadas luego por los tiros de los cazadores una vez dada la señal de romper el fuego, cruzaban ante mis ojos cual raudo bólido, rasgando ruidosamente el éter y lanzando graznidos guturales o silbidos de espanto

y de pavor. Durante cinco horas fue aquello un verdadero "Palonegro", en que el ruido de los disparos ensordecía los ámbitos de la laguna, repetido y agigantado por los ecos de los cerros circunvecinos. De momento en momento crecía el número de víctimas, que detenidas por el mortífero plomo en mitad de su rápido vuelo, descendían en lentas y majestuosas espirales, o rompían el aire en línea oblicua, luchando en vano con las ansias de la muerte, para ir a rebotar pesadamente contra el agua. Y ay! de los que apenas heridos intentaban escapar a la sevicia del cazador; bien pronto salía éste del escondite en que se hallaba, y su bote, cual moderno acorazado de guerra, les lanzaba nutridas andanadas por estribor y por babor hasta arancarles la vida, a menos que tuvieran la fortuna de caer a orillas de un juncal que les prestara cercano e inviolable asilo.

No se daba allí cuartel, y despertados en mí los instintos del hombre primitivo, no pensaba yo sino en matar a ejemplo de todos mis compañeros, cuyos gritos, vociferaciones y denuestos venían a mis oídos desde remota lejanía, pero acercados por la refracción de los sonidos sobre la tersa superficie de la laguna como himno triunfal regocijado.

Legada la hora, fijada para hacer cesar el fuego, volvió el desfile de botes en orden inverso al de la entrada, y empezó el desembarco de los cazadores con los rostros tostados por el aire y por la reverberación de la luz solar sobre las aguas, con los ojos encarnizados, y algunos con la mandíbula o el carrillo derecho hinchados por el golpetear de las culatas; pero todos con la alegría en el semblante, mayor o menor según el buen éxito alcanzado, locuaces decidores, ansiosos de referir su buena suerte, o de narrar sus contratiempos que les habían privado de hacer estragos más considerables y de cobrar las piezas de más aprecio y más valía; los "jetones", "rabo de gallo", "pico de oro", "guasumos", y quién sabe cuántos más, cuyos nombres escapan actualmente a mi memoria.

El almuerzo vino a reparar nuestras fuerzas, pero aunque animado y bullicioso no lo fue tanto como la comida de la víspera, cosa natural por la fatiga de la ruda faena, y por aquel dejo de melancolía que destilan los placeres realizados; que el prisma amarillento y nebuloso del pasado será siempre menos hermoso que el diáfano y sonrosado

del futuro. Y al volver a Mosquera, desde el puente de "Balsillas" lancé a "La Herrera", con el sombrero en alto, un triste aunque efusivo adiós: dejaba sumido en sus tranquilas ondas, arrullado por el susurro del viento entre sus juncos y espadañas, cobijado por la anchurosa y azulada bóveda celeste; uno de los instantes más placenteros y exquisitos de mi vida. Así va el hombre sepultando a la vera del camino sus más caras ilusiones, sus más nobles ideas y pensamientos, los fugaces relámpagos de dicha, hasta llegar a la fosa con una caparazón vacía, armadura de combate sin guerrero, buena solo para adornar un catafalco.

Y poniendo espuelas a mi cabalgadura, y levantando remolinos de polvo de la carretera, seguí desalado en alcance del grupo de mis amables y gocijados anfitriones.

*MIGUEL ABADIA MENDEZ*

Catedrático de Derecho Constitucional en la Facultad de Jurisprudencia de este Colegio Mayor.

